

## INSTANTANEAS

I

DE LA

MUERTE

Y DE LA

ESPERA

**A**LLA abajo, adentro, al fondo de la barranca donde blanquea como puñado de arroces Metztlán, al pie de la torre del reloj que gime largas y temblonas tres de la tarde, casi en la cima de la cuesta que sube desde el puente bordeando caseríos: ...no más que un destello abigarrado, migaja de un día de sol, como si nadie ocupara el centro de una rueda campesina y absorta, como si el hombre de pantalones azules no estuviera muerto sobre esa tierra de nadie, de polvo ardiente y blanco.

Derramada su torpe sangre entre los panes pisoteados, junto a la bola de hilo y los juguetes, a lo largo del encaje disperso; gruesas de costras de majada las suelas de sus amarillos zapatones; húmedos sus cabellos solitarios; indudable el gesto de su boca —oculta bajo el sombrero compasivo—; petrificada la torcedura de sus brazos... Y alrededor el cerco mudo: las greñas descubiertas, las frentes duras, el brillo lento del sudor.

II

**E**MILIA cuida la lumbre de la merienda: remueve las brasas con las manos, arrima una olla a las brasas, agita el raído aventador. Don Ricardo está sentado a la entrada de la cocina, junto a la lánguida llama de un mechero; fuma viendo a Emilia que se agranda en la pared, su joroba que viaja por el techo dando tumbos, sus greñas, ya de suyo impalpables, que vuelan entre los ásperos adobes. Dice Emilia:

—Ya lo oí, capitán; ya está usted ahí mirándome y fuma y fuma.

—Ya estoy, Emilia.

—Si mamá Came ya le contó todo, pues ora que busca; vaya...

—Pero ella no lo vió, Emilia; y me lo contó hace mucho, y me decía: "que te lo cuente Emilia cuando vayas".

—¡Bah! Yo ya ni me acuerdo. Ya le conté lo que me acuerdo.

—Por eso, Emilia; pero ustedes qué hicieron, qué andaban haciendo desde la mañana...

—¿Y'ora? Quien se va a acordar lo que andábamos haciendo todo el día... A veces sí nos acordábamos, mi mamá decía que estaba apurada porque él nunca bebía, mi papacito nunca bebía, pero los de Ayotla ¿cuándo han salido de la borra-chera?

Emilia va y viene cojeando por la pequeña cocina alejada de la casa —junto a la caballeriza, junto al corral de los pollos—; va y viene tosiendo, e inunda la cocina de sombras, y limpia con sus secas manos el agua de todas horas de sus ojos. Sale su vocecita como una queja: "—¡Ah que capitán, ah que capitán!"

Don Ricardo fuma, mira el cielo que se va estrellando; dice, como si no quisiera decir:

—Ustedes tenían un buey, y tú ibas a encerrarlo cuando creíste que él acababa de llegar. Por eso se escapó el buey, y nunca supieron quién se lo llevó; se lo robaron.

Emilia ríe bajito y mueve la cabeza y no para, siempre con algún cacharro de-

Por Ricardo GARIBAY

masiado grande para sus fuerzas. Suena el agua de las vasijas, suenan las ollas, suenan las chispas de la lumbre.

—¿Y tú que hiciste, Emilia?...

—Yo fui a encerrar el toro. Me vine corriendo con el toro porque ya me andaba la prisa por ver el pan y los juguetes. Desde los terrenos yo creí que era él, mi papacito, porque no veía bien, pero no era él, mi papacito, pero con esta pachorra que nunca he podido andar como Dios manda... cuando volví ya no estaba el toro. Luego con la pena ni quien se acordara de animales, 'sabe donde andaría.

—Y ¿qué pensabas cuando venías arreando al buey?

—¿Y'ora? Sí me tropezaba y me tropezaba...

—¿Ya no podías andar?

—¡Qué va! Yo me caí desde los cinco años, me decían. Ora de vieja qué me importa la joroba y la pata chueca, pero entonces lloraba de no poder correr. Y veníamos de bajada y no podía alcanzar al toro.

—¿Y qué hiciste?

—Pus no le digo que fui a encerrar al toro...

—Después...

—Yo tenía como diez años, creo que once tenía, era la mayor; y nos fuimos a esperarlo hasta el camino las dos; me acuerdo muy bien que allí había unas trancas antes de llegar a la vuelta.

—¿Tú eras la mayor?

—Yo era la mayor, si el niño estaba de meses.

—¿Y Lorenzo?

—¿Lorenzo? Lorenzo no' estaba. Qué iba a estar Lorenzo.

—Y ¿qué vuelta?, la de las trancas...

—La del camino. Y allí estuvimos. Y echábamos a correr, yo como podía me eché a correr, cada vez que oíamos algo.

III

**L**A bola d'hilo, el pan, las velas... ¿Qué otra cosa, tú?

—A ver don Chente qué le manda al niño, ¡no digo!, y el encaje, la muñequita...

—¡Ah!, y los trapos.

—Los trapos... Aquí va el maíz y el chorizo, los chiles, la manteca siempre no...

—No, ésa siempre no; pon las gordas y las pepitorias.

—No se le pase ver a don Chente por el niño, y de vuelta se pasa a Coyula a ver si no se le ofrece nada a madrina Adelita, dígame cómo estoy, pero que primero Dios allá voy a verla con el niño, le pregunta por Carmelita...

—¿Y si me dicen de Emilia?, y va a querer sus ayates, y ¿qué le digo?

—Dígame que nos da mortificación y que ora que vaya le llevo sus ayates, que no han venido.

—Con tanto encargo... Deja primero ver si vendo siquiera los chorizos, a lo mejor me los vengo a comer acá de vuelta.

Y se rió en la oscuridad, y se durmió súbitamente. La mujer se incorporó en el petate:

—El alcól —murmuró—, no se le vaya a olvidar el alcól, si se le venden los chiles...

IV

**S**E ha apagado el mechero. Emilia se ha acurrucado sobre un taburete pequeñísimo. Ha preparado un cigarrillo de hoja, lo ha encendido en las brasas y se ha acurrucado a fumar, y a mecer de cuando en cuando los pedazos de aventador frente a la boca de la hornilla. A cada fumada una penumbra rojiza invade fugazmente sus arrugas; con el dorso de la mano que sostiene el aventador se limpia las lágrimas. Dice su voz adolorida:

—Cuando yo me levanté ya se había ido, capitán; mi papacito se iba para que le amaneciera en el camino.

—¿Era domingo?

—Era domingo, porque era la plaza aquí en Metztlán.

—Y ¿cada cuando venía?

—Venía cuando era plaza, pero no siempre venía; sólo que se juntara maíz o frijol, o ocotes que hubiera, pero había veces que nada. Cuando ma' Adelita mandaba llamar a mi mamá iba también ella, y luego a mí me llevaban, pero ¿qué podía yo andar?, pus no podía, por eso después ya no me llevaban. Iba yo a jugar con mamá Came, con tu mamá...

—Sí, ella me contaba.

—Pero aquella vez se fué él solo; y qué regresó ¿y qué regresó?, pus ya no regresó; para cuando llegamos ya lo habían enterrado. Y no volvimos allá, nos quedamos en Coyula; allí crecí con tu mamá Came, y allí se murió el niño, y allí está todavía Lorenzo, si no se ha muerto, digo, ¡qué años que no lo veo, lo que's que si antes no podía salir menos ahora!

Se levanta Emilia y va arrastrando sus menudos y desiguales pasos hasta el trastero. Las ascuas alumbran apenas el rincón pero Emilia se mueve sin tropiezo en su cocina. Regresa con un bote lleno de café; echa dos puños en el agua que hierve.

—Con qué ganas lo esperábamos cada que se iba.

—¿Por qué?

—Por el pan. Nos llevaba unas piezas grandes como cocoles, ora ya no hacen de esas piezas.

—¿No había cocoles en Aszoncintla?

—De haber sí había, cuando los llevaban de aquí; pero en Aszoncintla qué iba a haber cocoles... Cuando más las hojarascas y los tecocos que ya nadie los quería comer.

—¿Y ustedes no recogieron sus cosas, digo, no les guardaron sus cosas?

—Qué íbamos a recoger, sabe Dios quién se llevaría sus cosas, si nadie lo conocía; fuera de don Chente ¿quién lo conocía? Y don Chente ai encerrado en la botica ni se dio cuenta de nada.

—¿No se dio cuenta don Chente?... Si la botica estaba enfrente del reloj.

—Pus estaba frente al reloj pero no se dio cuenta de nada. Cuando vinimos ¿qué supo darnos razón?... Mejor él nos estuvo preguntando y nosotros le dijimos lo que nos habían contado, porque él para saber estaba bueno. Sabe quién se llevaría sus cosas y sus centavos...

—Y el pan que estuviste esperando, Emilia, el pan.

—Ya quién se acordó del pan, el pan era lo de menos.

Y luego se les unieron otros, y otros los alcanzaron; y cuando amanecía en las puntas más altas de los maizales, trotaban entre la sombra vaga del puente que es arranque de la cuesta nueve hombrecitos: un parpadeo de blusas, un bl'ancor de sombreros agobiados entre canastas y costales.

## VI

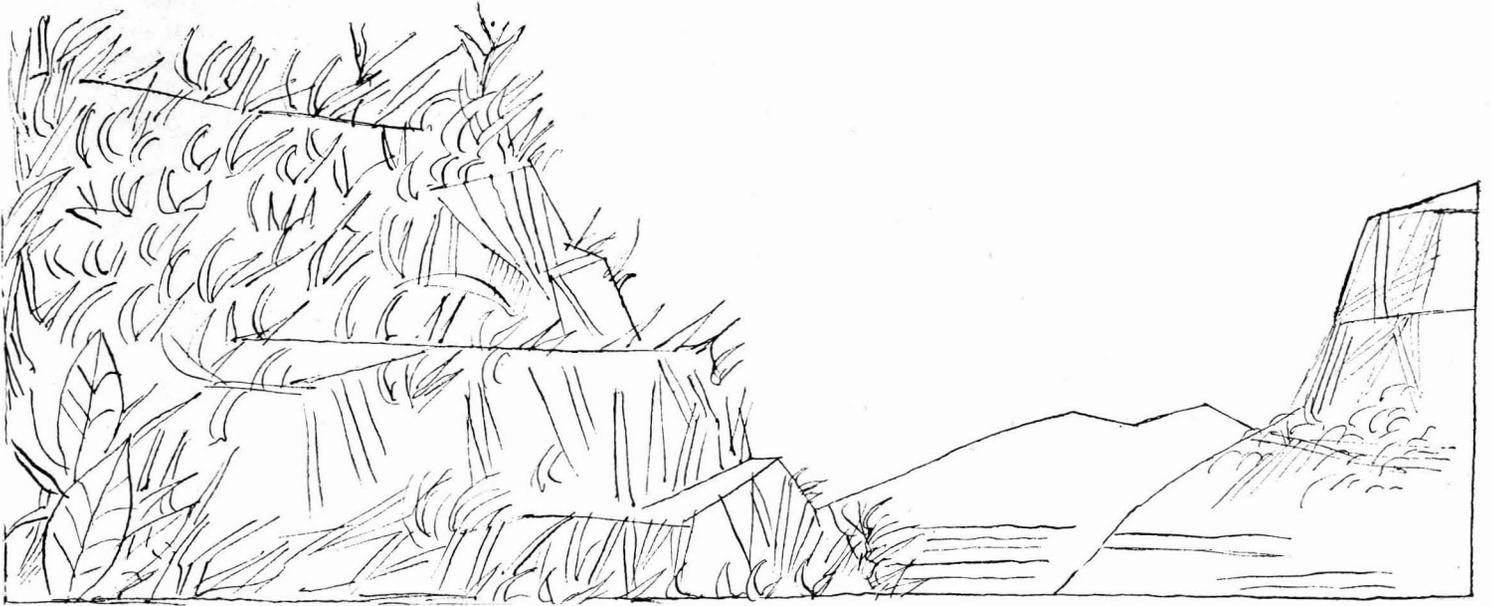
**M**I madre me contaba de ustedes, Emilia; de ti, de tu mamá, de Lorenzo; pero a tu papá casi no lo conoció, por eso quiero que me hables de él, qué hacía, cómo era.

—No vayas a cre'r qu'era como tú, como don Ricardo tu papacito, como don Domingo...

## VII

**L**LEGARON a la plaza con el día. Se pusieron los zapatos, buscaron sus lugares, se sentaron sobre sus bultos y masticaron sin prisa sus tortillas y su sal. Se levantaron, fueron a la fuente del centro —la plaza se llenaba de vendedores—, bebieron y regresaron hablando en alta voz. Deshicieron sus atados, destaparon sus canastas, extendieron sus mercancías sobre la tierra suelta, se acuclillaron a un lado, y esperaron que subiera la mañana y la grita y que bajaran los de los pueblos al día de plaza.

Mañana hirviente de sol y de comercio. Mañana alharaquenta y larga, de música y de disputas interminables, de señoras de negro, de mendigos, de lotería,



—¿Y cuándo salieron ustedes de Aszoncintla?

—Pasarian ocho días, qué sé yo, y eso porque el niño seguía malo.

## V

**M**UCHO antes del alba se levantó y se puso su pantalón de mezclilla, sus zapatos, su blusa y su sombrero de ala tiesa. En las nieblas del jacal iba encontrando el costalito del maíz, el de los chiles, la canasta de los chorizos, su morral, su ceñidor. Destapó una botella, dio cinco o seis enormes tragos, y salió sigiloso hacia el camino.

Llegando al camino se quitó los zapatos, los amarró de las cintas, se los echó al hombro, y empezó con trote suave las ocho leguas de Aszoncintla a Metztlán.

Sentía la sangre caliente y rápida; trotaba de memoria en plena noche; no pensaba en nada.

La vega de Metztlán se extiende hasta la linde de Aszoncintla. Cuando el hombre cruzó la linde, alcanzó al primer compañero. Canturreó su saludo de abajo arriba:

—Buenos días...

—Buenos días...

Y trotaron juntos. Cuando iban por la margen del río, salió uno más.

—Buenos días...

—No digo eso.

—... pero no andaba por ai, como veo que or'andan.

—No digo eso.

—¿Cómo era? Pus era como todos: que con el maíz, que con el frijol, que con el aguamiel... ¿Cómo querías que fuera?

—Y ustedes le ayudaban...

—Pus le ayudábamos y no. En la cosecha le ayudábamos.

—¿Lo querías mucho?

—Vaya yo a saber. Ora de vieja sí porque me duele acordarme, pero entonces lo que me hacía fuera era el pan y la muñeca... Ya amaneciendo me eché a llorar, pero sería que mi mamá estaba llorando o que me calaba el frío, qué sé yo.

—Y ¿cuántos años hace, Emilia?

—Uy, ¿cuánto tiempo tiene mamá Camé?

—Ya casi quince años.

—Imagínate, y tú ya estás viejo también, y ella era más chica que yo, entonces, digo...

—¿Cuántos años tienes tú, Emilia?

Emilia ríe y tose encogiéndose como si fuera a desmayarse:

—Ah qué capitán. ¿Qué va uno a saber? Los que Dios quiera... Bueno, ¿y quién te puso a ti capitán?

—No sé. Tú me dices capitán.

—¿Pus que no supe yo que tú eras capitán?

de campesinos y caballos, de cantinas y tiendas y campanadas roncadas de la iglesia.

Aves, granos, frutas, puestos de pan, de mantas, de carnes, de dulces, de hinchados cueros de pulque, de rompopo, de hierbas, de aperos de labranza... Y el griterío, los empujones, el calor, la cal de los tejados. Mañana de polvo y de luz.

Hacia las dos de la tarde languidece el mercado. El hombre de Aszoncintla remata lo que le sobra, recoge sus costales vacíos, y limpiándose el sudor va derecho a los puestos de pan. Cojea metido en sus terribles zapatos; cuenta su dinero varias veces; pasa y repasa ante los grandes cocoles, hasta que al fin, luego de estar silencioso frente a la mesa más desmantelada, pregunta su precio. Compra cuatro cocoles. Y vuelve a repasar, y pregunta en cada mesa el precio de los panes, y los acaricia, los sopesa, los pone en su sitio suavemente. Luego, a la tienda: pide una bola de hilo, varios metros de encaje, manosea unos cinturones gruesos como cinchos para mulas, los huele, se acuerda de los "trapos", va a pedirlos, pero siente la sed de la jornada y paga y sale y desciende la cuesta bordeada de comercios hasta la cantina frontera al reloj, junto a la botica de don Vicente Chávez. Se abre paso hacia el mostrador; pide un vaso grande de aguardiente serrano; bebe y escupe; vuelve a beber y a escupir. Alguien entre el barullo le dice:

—¿Cómo te jué...?

Responde con una seña de "más o menos"; pone unas monedas sobre el mostrador, y al darse vuelta, el que le habló le ofrece un vaso lleno. El que le habló está con otros, todos sonrientes, y le dice haciéndose oír entre los gritos y las carcajadas de la gente:

—Yo t'invito l'otra.

El hombre de Aszoncintla acepta. Beben y escupen. Comienzan a hablar del día de plaza. Beben y escupen y llegan otros vasos. Y luego aquél dice:

—¿Y'ora? ¿Luego, yo no invit'una?

Y afloja su ceñidor y saca los centavos suficientes. Los otros aprietan el círculo; ríen —los dientes blanquean entre la piel oscura—, hablan sin oírse y le palmean la espalda. Uno lo abraza, y queriendo hablarle en secreto lo llena de saliva. El hombre de Aszoncintla se zafa del abrazo, se limpia con la manga el rostro:

—Mejor si quieres otra, dime, y yo te la invito.

Las caras se endurecen. Los ojos turbios miran de pronto oblicuamente. Uno de los hombres arroja su vaso al pie del mostrador y dice con voz ronca:

—Yo aquí mejor nu quero. Mejor me vu'a tomar más allá.

—Pos ándale —replica el de Aszoncintla—, a ver quen te pasa las resocas...

El otro se revuelve y agarra de la camisa al de Aszoncintla. Este bota su vaso, alarga los brazos, encuentra la cara enemiga, los cabellos, y aprieta y tira y sacude; su camisa empieza a rasgarse. Como dos gotas de agua en el mar de injurias de la cantina, explotan dos injurias simultáneas.

Faltan quince minutos para las tres, el sol aúlla en las calles, el reloj de la cuesta da una campanada que se duerme temblando sobre los tejados del casal.

## VIII

**A**L principio no se sintieron solas. Regresaban las gentes, las saludaban. Unas volvían de Metztlán; otras, de Venados; otras, de plazas más pequeñas y distantes; otras sólo volvían de la labor inaplazable, y algunas simplemente habían andado por ahí. Con las primeras sombras se despobló el camino, la soledad del recodo se ahondaba, y la mujer empezó a inquietarse. Bajó de las trancas y caminó rápidamente, seguida de los agoniosos pasos de Emilia, hasta la vuelta. Ahí estuvo largo rato. Luego regresó, volviendo a cada paso la cabeza.

En la morada palidez del cielo tiritaba una estrella. La mujer se reboza. El aire zumba entre los apretados maizales. De pronto, el vuelo de una voz, y ya están corriendo hacia la vuelta. Emilia tropieza en la oscuridad, cae, se levanta, y sigue, retorciéndose sobre sus pasos cojos. Cuando alcanza a la madre, ésta viene, y Emilia emprende otra carrera con sus piernas, sus hombros, sus manos que la ayudan como aspas, su cabeza, sus pequeñas caderas desesperadas. Llegan a las trancas: la mujer está impasible, dura, y Emilia jadea y se aprieta con ambas manos el pecho.

El viento arrecia, las estrellas descenden por todas partes, ladra un perro le-

jano. Las mujeres se sientan en el suelo a esperar, a adivinar el trote acompasado entre el rumor de la noche.

—Güenas noches...

Balanceada de abajo arriba, la frase las despierta. Un caballo piafa encima de ellas. Un jinete las mira reclinado en la cabeza de la silla.

—Güenas noches — repite.

Las mujeres se enderezan. El jinete las reconoce. Y hablan, preguntan, responden —la lija del aire enmedio—, y de pronto la madre va tras el caballo y Emilia queda sola, agarrada a las trancas, los ojos fijos en la negrura del recodo.

Mucho tiempo después regresa la madre. Emilia se apresura al encuentro: gritando, llena de frío, con su joroba a cuestas, con su tropel de pasos torpes.

—¡No ha venido...!

—¿No te dormiste?

—¡No!

—Allá tampoco. El niño sigue igual...

Y se echan a esperar otra vez, y se levantan y corren, y regresan lentas, desiguales: una, impaciente y apurada, la otra, muerta de sueño. Y allá van otra vez: la silueta maciza de la madre, la breve sombra de Emilia como si nadara en un mar de piedras. Van y vienen, descansan, se levantan, corren y se asoman y regresan, y vuelven a descansar y vuelven a levantarse cada vez que el viento simula pasos o si una luz parpadea —"¡Su linterna!" "¿Se llevó su linterna?"— en el recodo.

Con las primeras claridades lloran y comprenden el camino hacia la casa. Emilia siempre detrás, muriéndose sobre sus pies descalzos.

## IX

**E**N TRE una muchedumbre de brazos, de zapatones, de huaraches, de calzones blancos, de pantalones oscuros, subiendo y bajando hacia la puerta de la cantina, hacia la cal de la torre que temblaba de sol; entre una ola de gritos y miradas perdidas y vueltas y vueltas —la pared blanca, la puerta, el mostrador, el mostrador, la pared blanca, las caras, el piso, las injurias y brazos levantados y empellones— salió a la muerte ardiente y empedrada.

Lejanos recuerdos golpeaban la cabeza de un hombre raro; un rostro sonriente, rostros duros, los añicos de un vaso, la claridad, un reloj en el cielo, una manga de rasposa mezcilla delante de sus ojos, gritería, una niña coja, un hombre enfrente, el espejo de un cuchillo, el encaje, gentes alrededor, mudas, gentes mudas, niña coja, morral, bajo la palma de la mano el morral, la correa del morral enterrada en un hombro... Da risa este hombre raro, se ríe allá lejos, adentro, se ríe en medio de la gente torre cielo-azul reloj y árboles verdes blanco sol un hombre viene hacia él, un hombre que aprieta los dientes, gritos, hombre enojado abre los dientes, y escupe... una saliva amarga y agria sube a la lengua de un hombre que está aquí, eso lo sabe un hombre que ve tranquilo ondear su maizal, que mira al hombre de la saliva amarga, ¿qué está haciendo ahí?, que empieza a tener miedo, que ve un jacal allá abajo con su techo

de paja, un hombre fresco, pero un hombre ardido escupe la saliva, golpe en la cara, tierra en la cara, golpe: la suela de un zapato y el maizal que ondeaba en la lluvia allá abajo allá arriba un reloj, blanco sol, blanco, blanco... Manos, brazos, un hombre se levanta: su pantalón manchado, por la tierra blanca un morral, panes, encaje, polvo, rabia, roja rabia, su morral y el polvo y los panes a media calle pisoteados, alguien lanza insultos roncocos, alguien pide un cuchillo, la mano se cierra sobre un mango frío, un hombre enfrente retrocede, gritos de gentes mudas alrededor, la rabia laboladilo panes polvo niña-coja cal cal aaaaaa... Alguien corre en círculo junto a gentes de gestos de locos y lo persiguen, lo persiguen, lo alcanzan, gritos, movimiento, le tiran una cuchillada, se caen, centro, viejas y niños y hombres lejos, un sol blanco y un hombre enfrente otra vez, maldito diablo enfrente, este hijo de su, maldito diablo rojo, panes, niña, alguien tiene que pagarlo, que pagarlo, ¡paga! ¡paga!, adelante, en el encuentro un toro embiste, olor de su ropa de diablo, brazos, piernas, narices, pujidos, un sol arriba, un relámpago y sol abajo en el vientre, sol de vidrio de lumbre y otro sol de lumbre en el pescuezo y un quejido horrible y un lamento mudo, se entreabre el fin para los ojos desorbitados, y la tierra cerca y la nariz revienta contra la tierra roja de polvo enorme y blanca y lejanas sombras y una inesperada vuelta, brusca vuelta que duele... Vienen subiendo hasta los dientes palabras y una ola de sangre, palabras como burbujas entre una bola de sangre que explota y resbala por las quijadas, palabras rojas, tristísimas, y azul arriba y un reloj arriba en el azul.

## X

**E**MILIA sirve una taza de café y se la lleva pasito a paso a don Ricardo, que fuma y espera. Emilia regresa a sentarse y gime para sí, como si se quejara de algo recóndito. La noche es alta y limpia. De la plaza llegan los gritos de los últimos muchachos. En la caballeriza resbalan los cascos de los caballos, resuenan las erres roncacas de sus belfos.

Dice Emilia:

—Cuando vivíamos en Coyula esta hora siempre me daba miedo.

—Estabas muy chica, Emilia.

—Ora nomás me pongo aquí a no hacer nada; que digo a no hacer nada...

Ríe. Se levanta y enciende en una brasa un cigarro de hoja; se sienta y empieza achuparlo afanosamente. Don Ricardo sorbe su café, se vuelve hacia Emilia, deja su taza en el suelo, busca en las bolsas de su saco, enciende un cerillo, alarga el brazo. Emilia chupa su cigarro sobre la flama del cerillo; sus ojos aguados se entrecierran, sus dedos temblones se aprietan contra el cigarro; al fin, entre toses y suspiros, consigue un poco de humo. Don Ricardo vuelve a su café, y escucha el plañido distante:

—Lo esperamos toda la noche. Toda la noche lo esperamos. Lo esperamos toda la noche, capitán. Ya le habrá contado mamá Came. Lorenzo nació años después, a ver, y eso que toda la noche lo esperamos.